



Homenaje a Arturo Marasso

María de Villarino



Bahía Blanca, 25 de junio de 1970.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-Sin Derivadas.
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

Información adicional en: <http://repositoriodigital.uns.edu.ar/handle/123456789/9>

HOMENAJE A ARTURO MARASSO

María de Villarino

Traigo a este acto la representación de la Sociedad Argentina de Escritores e, implícita en ella, la mía, propia por la amistad que me logó a quien hoy rendimos homenaje: Arturo Marasso, poeta y maestro. De ambas facetas mi sentimiento guarda recuerdos. Como poeta, por los versos suyos que me iniciaron en la comunicación con la poesía, y como maestro por aquellos tiempos en que fui su discípula de Literatura Española en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de la Plata y que él siempre recordaba con tanto cariño al encontrarnos.

Lo veo llegar al Aula Magna con su carga de libros apretados sobre el lado del corazón, repartirlos y responder a nuestros requerimientos de material para monografías que con la prodigiosa memoria de sus caudalosos conocimientos, ponía a nuestro alcance no sólo por el tema y nombre de autor sino, también, por la edición especial y el número de las páginas donde hallaríamos las fuentes solicitadas. Y luego la cátedra. Subía al estrado y como cayendo en un estado de éxtasis, cerraba los ojos y comenzaba a hablar. Su palabra, transformando en luz lo que tocaba, fluía de su profundo y apasionado conocimiento iluminándonos con las voces de los poetas que dieron un resplandor eterno al Siglo de Oro.

No era de los que hacen de su erudición pompa, ni de arte, orgullo de elegidos, sino de los dichosos que crean por el saber y la belleza y gozan en darla a manos llenas. Tal era su modestia que siempre se lo veía como ocultándose de sí mismo, andando como quien no quiere que se advierta su presencia; despojado de todo lo superfluo, pero traslúcido en su gran sencillez que fue el tono más acentuado de su vida, ese tono con que aceptó el Gran Premio de honor de la SADE cuando se le fue a ofrecer y así como miembro de la Academia Nacional de Letras, cuyo símbolo creado por ese otro gran poeta de nuestro siglo, Enrique Banchs, es una columna griega que se eleva y culmina en un haz de luz donde brillan las dos palabras de su lema: Recta sustenta. Sustentará con rectitud.

"De la misma manera -dice la explicación de este símbolo- el idioma se eleva conciliando la gracia delicada de la musicalidad con el recio vigor expresivo y luego de afinada culmina en la obra de arte literario en que como el friso ideal, se convocan las palabras para expresar un designio superior a sí mismas". Por su clásica armonía y perfección, la obra de Arturo Marasso

sustenta este símbolo, pues como lo confirma su lema: "aquello que sustente ha de poseer asimismo, la belleza tendida hacia lo alto, irreductiblemente simple, sobria y cabal del fuste jónico". Así también Arturo Marasso sustentó su ser, su vida misma. Vida casi ascética como su tierra natal que entre cardones, polvos de sequías y páramos, reservó a su sensibilidad de poeta los espacios bucólicos de Chilecito, su cuna, allí donde la naturaleza esforzada ofrece en verde vegetal su apacible corazón montaños.

Arturo Marasso vivió pobre. Su única riqueza material fueron sus libros. Los adoraba. Fue dispendioso para atesorarlos, pero generoso al despojarse de ellos en una hora de sacrificio. Sus otras riquezas: su ser interior, sementera de luz, fruto de meditación; su casa austera, taller de cincelador de la belleza y el saber; y su vida, profundo y claro remanso con profundidad que dejaba ver todo lo que había de quieto, retraído en su fondo.

Y aquí estamos ahora rodeados del espíritu de sus libros -su alimento terrestre, sus dioses tutelares- a los que cantó su poema "Entre almas y cielo", del que transcribo el siguiente fragmento que convoca su presencia:

Es mi ventana el límite del mundo indefinido:
aquí el libro me ofrece su deleite y olvido,
me habla con voz que nunca morirá, hombres lejanos
tienen cual yo esta noche esta obra en las manos;
meditan cual medito, sonrían cual sonrío,
con igual pensamiento que el pensamiento mío;
y el libro siempre joven en los siglos futuros
hará olvidar al hombre los problemas oscuros,
el dolor, la miseria; lo hará entrar a una hora
eterna en que el espíritu ya no espera ni añora;
mansión de ideas altas, de hermosura, yo adoro
de estos nobles poetas y sabios el tesoro
que fluye de un venero de ciencia y armonía.
Vi el milagro de Atenas, visité Alejandría;
escucho las palabras del maestro: dialoga,
persuade con voz fina, sonrío e interroga.
¡Si el universo ignora lo grande y lo fecundo
de la mente del hombre que está sola en el mundo
y en él una hora alienta, hagamos noble esa hora,
criemos el espíritu con sed indagadora

que un día nuestra mente llenará el universo
y tanto será un mundo como el mundo de un verso!
Cargando sus alforjas con todo esto y dejando la última cuartilla interrumpida
en su mesa de trabajo, partió hacia la ensenada de su derrotero final, como
una vela blanca que apenas se moviera a lo lejos impulsada por un viento
leve, en un mar límpido, my límpido, y muy azul.